

sino que tengan siempre luz delante en cualesquiera casas que se alojen: cuando vayan á pedir limosna para los pobres, pedirán hospedaje por caridad; y si se les niega ó no le encontrasen en casa de personas honradas, vivirán á sus propias espensas; pero no comprarán mas que una sola clase de manjares; no recibirán ni regalos ni tierras; y en el pan, vino y otras cosas de esta especie, tendrá el maestro la tercera parte, y si hay sobrante se distribuirá entre los pobres de la ciudad. Los hospitalarios no harán mas que dos comidas al día; los miércoles y sábados, y desde la Septuagésima hasta la Pascua no comerán carne: en la mesa observarán silencio, y con mas rigor todavía en la cama. Despues se prescriben penitencias proporcionadas á la naturaleza y escándalo de las faltas: son tan severas para los pecados de impureza (1), que cuando se han hecho públicos, el culpable debe ser despojado el domingo al salir de misa y azotado á la vista de todo el mundo.

Por los años 1128, un alemán rico que habia fijado su residencia en Jerusalem, comenzó á recoger en su casa los pobres peregrinos de su nacion, y no tardó en hacer construir un hospital cuya dotacion fué aumentada por otros alemanes que se consagraron como él al servicio de los pobres y de los enfermos. Por último, despues de la toma de Ptolemaida ó San Juan de Acre en 1191, Enrique de Walpot, de una illustre familia del Rhin, fundó en aquella ciudad otro hospital para los de su nacion que no entendiendo el francés no sabian á quien dirigirse en sus curias. Los servicios que Walpot habia prestado durante el sitio, juntamente con los hospitalarios de Jerusalem, sugirieron á Federico, hijo del emperador, llamado Barbaroja, el proyecto de reunirlos en órden de caballería; y este fué el ori-

(1) *Preuv. hist. de Malt. tom. 1.*

gen de la órden Teutónica, cuyo primer gran maestro fué Enrique de Walpot. Celestino III, al confirmarla, la puso bajo la regla de San Agustín con los mismos privilegios de que gozaban las otras dos órdenes militares y religiosas de que acabamos de hablar. Los hermanos tomaron el hábito blanco como los templarios, de quienes se distinguieron poniéndose una cruz negra en vez de la encarnada.

El gran maestro de los templarios y los caballeros de su comitiva, á su salida de Jerusalem habian sido encargados por el rey y los señores del reino de animar el celo de los pueblos al socorro de la Tierra Santa. La ciudad de Tiro habia caído en poder de los cruzados (1124) mientras que el rey Balduino permanecía prisionero entre los musulmanes; y despues de su libertad, que fué comprada muy cara, meditaba este príncipe vengar su afrenta con la importante conquista de Damasco. Habiendo llevado consigo los templarios un gran número de nobles, intentó inmediatamente esta conquista en diferentes expediciones, cuyo éxito no correspondió enteramente á su valor. No dejó sin embargo de aumentar considerablemente el reino de Jerusalem, que antes del fin de su reinado comprendia toda la Siria á escepcion de Alepo, Damasco, Emesa, Hamach y sus territorios.

Cuatro años despues de la toma de Tiro, se dió á esta iglesia un digno pastor en la persona de Guillermo, inglés de nacion y prior del santo Sepulcro; pero durante este intervalo, se habia dispuesto de las iglesias y bienes de esta metrópoli, y no le habian dejado al nuevo arzobispo mas que lo que habian querido; pero inmediatamente que fué consagrado, se puso en camino para Roma, por mas que se hizo para contenerle. El Papa Honorio le recibió con honor, le dió el pálio y le hizo acompañar por un legado que tenia comision de obligar al pa-

triarea de Antioquia bajo pena de suspension á restituir á la iglesia de Tiro sus sufragáneos en el espacio de cuarenta dias.

Cerca de un año despues murió Honorio en 14 de febrero de 1130, á los cinco años y dos meses de su pontificado. En el mismo día de su muerte, como lo dice en términos espresos el autor contemporáneo de la crónica de Benevento, los principales y mas sábios de la Iglesia romana, á fin de precaver las turbulencias, convinieron en hacer la eleccion del sucesor en la iglesia de San Marcos. Entretanto los cardenales que habian sido mas íntimos de Honorio no se atrevieron á presentarse en aquel lugar á causa de las facciones que fermentaban entre los romanos, y antes de que fuese publicada la muerte del Papa, eligieron en su lugar á Gregorio, cardenal diácono, del título de San Angel, á quien llamaron Inocencio II. En el mismo dia, aunque algunas horas mas tarde, los que eran afectos á Pedro de Leon, se juntaron en San Marcos, para conformarse de comun acuerdo sobre este punto, y quedó elegido bajo el nombre de Anacleto II por muchos cardenales, obispos, sacerdotes y nobles romanos.

Inocencio habia sido monge de San Juan de Letran; hecho cardenal, ni el trato con el gran mundo, ni el favor de los Pontífices romanos, le habia hecho perder nada de su piedad, desprendimiento y modestia. Aunque su penetracion y prudencia le hubiesen hecho juzgar digno del pontificado mucho tiempo antes de haber sido elevado á él, se opuso con todo su poder á su elevacion, desgarró la capa cuando se la presentaron, y tentó todos los medios imaginables de huir. Fué necesario emplear la fuerza para detenerle, y no se consiguió su consentimiento hasta que se le amenazó con la excomunion si se resistia mas tiempo.

Pero las riquezas enormes de Anacleto

y el poder casi soberano de su familia, aunque de origen judío, bastaban para contrarrestar tanto mérito y acreditar la eleccion mas irregular. Leon su abuelo (convertido y bautizado por el Papa Leon IX que le dió su nombre), á favor de sus riquezas, de su gran capacidad en las ciencias y de su destreza en manejar los ánimos, habia casado á sus hijos en términos de emparentar con las mas illustres familias romanas. Pedro de Leon, esto es, Pedro hijo de Leon y padre de Anacleto, sirvió útilmente á la Iglesia romana con las armas y con el consejo; tuvo el gobierno del castillo de Sant-Angelo y la principal confianza del Papa, y llegó al mas alto punto de grandeza á que un romano podia entonces aspirar. No destinó menos á su hijo, llamado tambien Pedro de Leon, que el supremo y sagrado poder de los autores de su fortuna, y para disponerle á ello le envió á estudiar á Francia donde los estudios tenian mas crédito. El jóven Pedro de Leon, despues de haber pasado allí una juventud libertina, se hizo monge de la abadía de Cluny, mirada como un seminario de cardenales y aun de Sumos Pontífices. Habiendo vuelto á Roma fué nombrado cardenal por el crédito de su familia, y empleado despues en muchas legaciones donde se reconoció con el mayor escándalo que la profesion religiosa no habia podido conseguir otra cosa que suspender en él el desarreglo de sus costumbres. Si todas las infamias que le atribuyen los escritores de su tiempo (1) no son incontestables, es por lo menos evidente que su conducta no podia ser mas equívoca. Se dijo que llevaba en sus viages una muchacha vestida de clérigo para satisfacer mas libremente su incontinencia; y se le acusó de ser padre de sus sobrinos y tío de sus hijos, esto es, de ha-

(1) *Arnblk. Lexov. de Schism. dicitur ob 72*

ber tenido trato ilícito con su propia hermana Tropea.

Poco satisfecho de las grandes riquezas que su padre le había dejado, y de las que él había aumentado con sus exacciones tanto en Roma como en sus legacias, así que se dió el título de Papa fué bien acompañado á San Pedro, á Santa María la Mayor y á otras iglesias, las despojó de todos sus tesoros, y robó gran cantidad de oro, plata y piedras preciosas, sin perdonar las cosas mas sagradas, ni los monumentos mas venerados, cuya vista apenas se concedía á la humilde piedad de los fieles en las solemnidades mas augustas. Se dice que no pudo encontrar ningun cristiano que se atreviese á quebrantar los cálices y los Crucifijos para aplicar el oro á los usos que quería hacer de él, y que se vió obligado para ello á recurrir á gentes de la religion de sus padres, esto es, á los judíos. Por medio de las larguezas que pudo hacer con este latrocinio sacrilego, acabó de ganar al pueblo y á la mayor parte de los grandes.

Despues escribió al emperador Lotario, al rey Luis el Gordo, y á todos los soberanos sin olvidar á Juan Comneno, emperador de Constantinopla, ni al rey de Jerusalem en las estremidades del Oriente; pero la mayoría de estos le mostró solo una indiferencia de desprecio hasta el punto de no dignarse responder á sus reiteradas cartas. No obstante, sedujo á Rogerio II, duque de Calabria y conde de Sicilia, dándole su hermana en matrimonio con el título de rey, y la soberanía feudal en las ciudades de Nápoles y de Cápua, todo con la condicion de tributar homenaje á la Santa Sede, y de pagarle todos los años seiscientas piezas de una moneda de oro que tenía la figura de una copa, llamada por esta razon Schifate. Este es el primer título del reino de Sicilia establecido por una bula de Anacleto, dada en 27 de setiembre de aquel año de 1130.

Inocencio no podia encontrar seguridad en Italia. Habíase visto ya reducido con sus partidarios mas celosos á buscar un asilo en las casas fortificadas de los Frangipanes, hecha antes la ceremonia de haber tomado posesion en los sitios acostumbrados dada por diez y nueve cardenales, y recibidos los honores de uso segun las circunstancias lo permitieron. No dejó de hacer saber á los principes y prelados la legitimidad de su eleccion, la cual creyeron sin dificultad á vista del general desprecio con que era mirado su vicioso competidor. Huyendo de Roma y llegando felizmente á Pisa, donde fué recibido con señales de afecto, envió nuncios á Francia para instruir particularmente á aquella iglesia de lo que habia pasado. Hecho esto, se resolvió á pasar á aquella nacion generosa y sólidamente cristiana, que prefiere á su interés privado, dice un autor de aquel tiempo (1), la utilidad general de la Iglesia, que no es inclinada á fomentar el cisma, y que jamás ha levantado ídolos ó fantasmas de pastores sobre la Cátedra de San Pedro. Antes que se presentase allí ya se le habia hecho justicia. Se tuvo primeramente un Concilio en Puy, al que asistió San Hugo de Grenoble, no obstante sus enfermedades y su edad de setenta y ocho años. Este santo prelado no tuvo ningun respeto á los motivos humanos ni á los buenos oficios que Anacleto y su padre habian hecho por él en otro tiempo; de acuerdo con los otros obispos le excomulgó como á cismático, lo cual fué de gran peso á causa de la autoridad de aquel santo anciano. Este golpe de su celo fué la última accion notable de tan digno pastor, que vivió aun dos años despues, añadiendo hasta el último dia de su vida á los trabajos episcopales el recogimiento de los santos solitarios de la Cartuja, á los que constantemente protegió. Qui-

(1) Ernald. Vit. Bern. 1. 2. c. 1

so retirarse entre ellos real y corporalmente como lo habia estado siempre en el corazon y el espíritu, y fué espresamente á Roma para conseguir el permiso del Papa; mas el Pontífice no quiso consentir en la dimision de un obispo tan difícil de reemplazar. Mas adelante, en atencion al triste estado de su salud, logró el permiso necesario para elevar, viviendo él, á su Silla otro santo llamado tambien Hugo. Dió este tanta reputacion á la Cartuja de donde habia salido, que casi en el espacio de un siglo la iglesia de Grenoble no le eligió sucesores sino de entre sus hermanos. Su santo predecesor fué canonizado dos años despues de su muerte.

El Concilio de Puy, celebrado en el mes de marzo, formaba una poderosa prevencion en favor de la eleccion del Papa Inocencio. No obstante, para no arriesgar nada en un negocio de tanta importancia, y tan urgente al propio tiempo, el rey Luis el Gordo mandó juntar otro en Etampes en todo el mes de abril siguiente. Azababa de fundar la abadía de Montmartre, y los religiosos de San Martin de los Campos, á quienes pertenecía el sitio, le habian pedido una indemnizacion, y luego que concluyó este negocio, dándoles con asenso del obispo de Paris la iglesia de San Dionisio de la Chartre y las tierras anejas á ella, pasó él mismo á Etampes con gran número de señores. Además de las informaciones en regla recibidas de Roma, se hallaron en el Concilio muchos testigos oculares de lo que habia pasado en las dos elecciones. No hubo quien no declarase contra Anacleto. Hasta Gerardo de Angulema, que fué luego el mas acérrimo fautor del cisma, pero reputado entonces por uno de los mas grandes prelados de su tiempo, envió un diputado desde Aquitania donde le detenian los asuntos de su legacion, con encargo de presentar sus cartas, en las cuales declaraba, con arreglo á

las mas escrupulosas informaciones, que prescindiendo de la enorme diferencia de costumbres y fama entre los dos competidores, la justicia estaba toda de parte de Inocencio. El rey y los principales obispos quisieron todavia tener por árbitro al santo abad de Claraval, mirado ya como el prodigio y oráculo de su siglo. Toda la asamblea, de comun acuerdo, convino en remitirse á él y pasar por lo que decidiese.

Bernardo tembló al oír esta proposicion; mas por consejo de algunos piadosos y discretos amigos aceptó, por bien de la Iglesia, el cargo terrible que le habian impuesto (1). Examinó con cuidado el asunto delante de Dios: observó el orden y la forma de ambas elecciones, las cualidades de los electores respectivos, la vida y reputacion de aquel á quien habian elegido primero y era reconocido Pontífice legítimo por el mayor número de iglesias: volvió á entrar en la asamblea, donde espuso lo que debia hacer mas fuerza así á él como á una multitud de prelados que tenian las miras igualmente puras; y despues concluyó que no podia dispensarse de reconocer á Inocencio II por el Vicario verdadero de Jesucristo. Respondieron con aclamaciones y voces de júbilo todos los Padres y los señores, y cantaron el *Te Deum* en accion de gracias. Por último, el rey y todos los obispos aplaudieron la eleccion de Inocencio y le juraron obediencia y respeto como á Padre comun de los fieles. Participaron esta resolucion á los prelados del reino que no habian podido asistir al concilio, quienes la confirmaron por unanimidad.

Uno de los mas prontos y empeñados en ello fué Gerardo de Angulema, mas sirvió solo para descubrirle muy luego y hacerle aparecer como un impostor adornado de aquella devocion equívoca que busca

(1) Ernald. Vit. S. Bern. lib. 2, cap. 1.

únicamente el interés en la piedad. Inocencio, que le conocía mas bien que el vulgo admirador, no creyó oportuno que continuase en la legación de Aquitania; y Gerardo se arrebató tanto con esta negativa, que no se avergonzó de pedirselo inmediatamente al antipapa Anaclero, quien aprovechó con júbilo esta ocasión de ganarle. Él llenó todas las esperanzas de su digno amo con la obstinación con que mantuvo en Francia las turbulencias y discordias.

El Papa Inocencio fué abundantemente indemnizado de esta desercion con la publicidad con que el abad y monges de Cluny abrazaron su obediencia. Luego que llegó por el camino tan conocido de sus predecesores al puerto de San Gil en el Languedoc, Pedro el Venerable le convidó á que fuese á olvidar sus desgracias entre sus fieles hijos, y le envió gran número de caballos y mulas para el camino. Esta recepción en una abadía en que Anaclero habia sido monge, previno á todos los occidentales en favor de Inocencio.

Después de once dias de descanso fué á tener un concilio en Clermont, donde excomulgó al antipapa. De Clermont pasó á San Benito junto al Loira, adonde el rey Luis fué á honrarle y á ofrecerle sus ausilios. Entretanto muchos obispos de Normandia é Inglaterra preocupados por Gerardo de Angulema se inclinaban á Anaclero, y comunicaban al rey Enrique impresiones poco favorables á Inocencio. Corrió San Bernardo á avistarse con este príncipe, instándole á que reconociese á un Pontífice cuyos derechos se habian examinado con tanto cuidado y comprobado con tanta claridad. Dudaba aun el príncipe y temia comprometer su conciencia; pero el Santo abad le dijo: «Príncipe, pensad solo en responder á Dios de los demás pecados vuestros, que yo cargo con el peso de este.» Con estas pocas palabras quedó completamente convencido

el rey, y saliendo de las tierras de sus dominios marchó á Chartres á someterse en persona al Papa, y de allí le condujo á Rouen donde le hizo reconocer por todos los obispos de sus Estados.

Prevenido el emperador Lotario por Luis el Gordo, reconoció tambien á Inocencio en un concilio celebrado en Wurtzburgo, al que asistió Gautier, arzobispo de Ravena, enviado por el Papa. Enviaron tambien á asegurarle su obediencia los dos reyes de España, Alfonso el Batallador, rey de Aragon, y Alfonso Raimundo, rey de Castilla. Pasó á Lieja al año siguiente, en donde el rey Lotario que se hallaba allí con su esposa, seguido de un gran número de señores y prelados, sirvió de escudero á Su Santidad, asiendo con una mano la brida de su caballo, y con la otra una vara con que apartaba el tropel de la gente. Este príncipe por un interés inoportuno é inconsiderado quiso no obstante aprovecharse de esta ocasion para recobrar las investiduras. Perdieron los romanos el color á la primera proposicion que les dirigió; pero San Bernardo, que estaba presente, tomó la palabra con tanta energía y pintó tan bien la inoportunidad de la pretension, que al punto hizo ceder de la demanda (1131).

Desde Lieja volvió el Papa á Francia; pasó por San Dionisio, donde le recibió magníficamente el abad Súgero, y celebró allí la fiestas de Pascua con todo el aparato pontifical. Tres dias después entró en Paris cuyas diferentes corporaciones se apresuraron á rendirle en el mismo camino sus homenajes. Los judíos que mostraban el mismo ardor que los fieles, presentaron al Pontífice un ejemplar de la ley envuelto en un velo: y tomando el Papa de este simbolo el objeto de su respuesta, les dijo alzando los ojos al cielo: «¡Quiera el Padre de las luces romper la venda que cubre los ojos de vuestros corazones!»

Refirieron al Papa por este tiempo un milagro obrado recientemente en Paris, y confirmado por tantos testigos como ciudadanos habia en aquella gran ciudad. La enfermedad llamada fuego sagrado hacia estragos espantosos en el reino, y particularmente en la capital en el año 1130, y con este motivo el obispo Esteban mandó á los canónigos de Santa Genoveva, que no eran aun regulares, que sacasen en procesion la caja de la Santa como se verificaba en las grandes calamidades. La concurrencia del pueblo fué tan grande, que apenas podia la procesion pasar por las calles. Los enfermos que se hallaban en estado de poder ser conducidos esperaban en número de ciento y tres en la iglesia catedral; y en el momento en que las reliquias entraron en ella, quedaron todos curados á escepcion de tres que no tuvieron la fé necesaria, y además el contagio cesó en todo el reino (1). La catedral resonó con aclamaciones tan vivas y tan largo tiempo reiteradas, que no se pudieron cantar los himnos ordinarios en honor de la Santa. El Papa Inocencio mandó celebrar todos los años la memoria de un prodigio tan incontestable como público y ruidoso. «Ninguno, dice el autor de esta relacion, ponga en duda la verdad de nuestras palabras, porque no contamos lo que hemos sabido, sino lo que hemos visto.» En reconocimiento de tan gran beneficio, y para perpetuar la memoria de él, se edificó cerca de la catedral una iglesia que fué llamada de Santa Genoveva de los Ardientes.

Pero el júbilo fué bien pronto turbado por la muerte imprevista de Felipe, hijo mayor de Luis el Gordo, coronado rey pocos meses antes. Este príncipe, de unos quince años de edad, daba las mayores esperanzas y era ya la delicia de los pueblos. Haciendo ejercicio á caballo en la orilla del Sena, que se llama

hoy la Greve, se enredó un cerdo entre las piernas del caballo y le hizo caer sobre el príncipe, el cual quedó estrellado y murió en la noche siguiente. Se habia convocado en Reims un Concilio de todos las naciones para confirmar de comun acuerdo la eleccion de Inocencio, y ya este Papa estaba en Compiègne esperando la llegada de los Padres, cuando supo tan funesta noticia: envió inmediatamente quien en su nombre consolase al rey, á quien afligia esta pérdida tanto mas peligrosamente cuanto su propia salud estaba cada vez mas vacilante. Sin embargo, se le aconsejó que pasase al concilio, como lo efectuó, para aprovechar aquella ocasion de hacer coronar á Luis su hijo segundo, y precaver de este modo las turbulencias con una ceremonia tan augusta.

A este concilio que se abrió en 19 de octubre de 1131, asistieron trece arzobispos, doscientos sesenta y tres obispos, una infinidad de abades, clérigos y monges españoles, franceses, alemanes é ingleses. El prelado mas distinguido, aunque del segundo orden de la gerarquía, fué sin duda San Bernardo, á quien el Papa hizo asistir con los cardenales á las deliberaciones públicas, no permitiendo que se volviese á separar de él. La eleccion de Inocencio fué unánimemente ratificada, y Pedro de León excomulgado si no venia á verdadero arrepentimiento, después de lo cual se publicaron diferentes cánones de disciplina. Por el sexto se prohibió á los monges y á los canónigos regulares ejercer la profesion de abogados ó de médicos: «el amor al dinero», dijo el concilio (1), es lo que los mueve á ello. Es vergonzoso segun las constituciones imperiales que algunos clérigos quieran ser hábiles pleitistas, y que unas bocas consagradas á las alabanzas divinas se espongan á ser los órganos de la iniquidad. No deshonran menos su es-

(1) *Excell. Genov. ap. Bolland. 3. Januar.*

(1) *Tom. 10 Concil. p. 982.*